

fecunda para llenar la más vastas soledades, superabundante en todas las alegrías, desafiando todas las miserias, en que las horas hubieran desaparecido en una continuada expansión de sí mismo, y que habría producido algo de resplandeciente y elevado como la palpitación de las estrellas.

Casi siempre, estaban al aire libre en lo alto de la escalera. Las cimas de los árboles amarillentos por el otoño, se alzaban ante ellos, desigualmente, hasta el borde del pálido cielo; ó bien iban al extremo de la avenida, á un pabellón que tenía por único mueble un canapé de lienzo gris. Puntos negros manchaban el espejo; las paredes exalaban olor á húmedo, y allí permanecían hablando de sí propios, de los demás, de no importa qué, encantados. Algunas veces, los rayos del sol, atravesando la celosía, pendían desde el techo hasta las piedras como las cuerdas de una lira; brumas de polvo revoloteaban entre aquellas barras luminosas. Entreteníase ella en apartarlas con su mano; Federico se la cogía suavemente, y contemplaba el enlace de sus venas, los poros de su piel, la forma de sus dedos. Cada uno de los cuales era para él, más que una cosa, casi una persona.

Dábale ella sus guantes, la semana siguiente su pañuelo. Llamábale «Federico,» él la llamaba «María,» adorando aquel nombre, expresamente

hecho, decía, para ser suspirado en éxtasis, y que parecía contener nubes de incienso, de capas de rosas.

Llegaron á fijar de antemano el día de sus visitas, y saliendo como por casualidad, iba á buscarlo al camino.

Ella no hacía nada para excitar su amor, perdida en esa indolencia que caracteriza las grandes dichas. Durante toda la estación, llevó un traje de casa, de seda oscura, adornado con terciopelo del mismo color, vestido ancho que convenía á la suavidad de sus actitudes y de su fisonomía seria. Por otra parte, tocaba en el mes de Agosto de las mujeres, época á la vez de reflexión y ternura, en que la madurez que empieza colora la mirada de una llama más profunda, cuando la fuerza del corazón se mezcla con la experiencia de la vida, y al fin de su desarrollo, el ser completo se desborda de riquezas en la armonía de su belleza. Jamás había tenido mayor dulzura, mayor indulgencia. Segura de no desfallecer, abandonábase á un sentimiento que le parecía un derecho conquistado por sus penas. ¡Aquello era además tan bueno y tan nuevo! ¡Qué abismo entre la grosería de Arnoux y las adoraciones de Federico!

Él temblaba de perder por una palabra todo lo que creía haber ganado, diciéndose que puede llegar una ocasión, pero que no se corrige ja-

más una necesidad. Quería que ella se diera, y no cogerla. La seguridad de su amor le deleitaba como un precedente de la posesión, y después el encanto de su persona le turbaba más el corazón que los sentidos. Era aquella una beatitud indefinida, una tal embriaguez, que hasta se olvidaba de la posibilidad de una dicha absoluta. Lejos de ella, le devoraban furiosas angustias.

Muy pronto hubo en sus diálogos grandes intervalos de silencio. A veces, una especie de pudor sexual les hacía ruborizarse uno ante otro. Todas las precauciones para ocultar su amor lo denunciaba; cuanto mayor se hacía, más reservadas eran sus maneras. Con el ejercicio de tal mentira, se exasperó su sensibilidad. Gozaban deliciosamente del perfume de las hojas húmedas, sufrían el viento Este; sentían irritaciones sin causa, presentimientos fúnebres; un ruido de pasos, el crujido de una madera, les ocasionaba espantos como si hubieran sido culpables; veíanse lanzados á un abismo; una atmósfera tormentosa les envolvía, y cuando se escapaban á Federico lamentaciones, acusábase á sí misma.

—Sí, hago mal ¡parezco una coqueta! No venga usted más.

Entonces repetía él los propios juramentos, que escuchaba ella siempre con placer.

Su regreso á París, y las complicaciones del

día del año nuevo suspendieron un tanto sus entrevistas. Cuando volvió, mostraba en sus maneras algo de más atrevido. Salía ella á cada paso para dar órdenes, y recibía, á pesar de sus ruegos, á cuantos venían á verla. Entregábanse entonces á conversaciones sobre Leotade, Guizot, el Papa, la insurrección de Palermo y el banquete del duodécimo distrito, que inspiraba inquietudes. Federico se desahogaba declamando contra el Poder; porque deseaba, como Deslauriers, un trastorno universal, tal era por entonces su acritud. La señora de Arnoux, por su parte, se ponía sombría.

Su marido, prodigando las extravagancias, mantenía una obrera de la manufactura, la que llamaban la Bordalesa. La señora de Arnoux lo contó ella misma á Federico. El quería sacar de allí un argumento «puesto que la traicionaban.»

—¡Oh, no me preocupa eso nada!—dijo ella.

Aquella declaración le pareció afirmar completamente su intimidad. ¿Desconfiaba Arnoux?

—No, ahora no.

Y le contó que una noche los dejó solos, y volvió á escuchar detrás de la puerta, y como ambos hablaban de cosas indiferentes, desde aquel tiempo vivía en completa seguridad.

—Y con razón—dijo amargamente Federico.

—Indudablemente.

Mejor habría hecho no arriesgando semejante frase.

Un día no estaba ella en casa á la hora en que él acostumbraba ir, y lo consideró como una traición.

Enfadóse después de ver las flores que tenía siempre calocadas en un vaso de agua.

—¿Dónde quiere usted que estén?

—Ahí no. Por lo demás, ahí están menos friamente que en su corazón de usted.

Algún tiempo más tarde le reprochó por haber asistido la víspera á los Italianos sin avisarle. Otros la habían visto, admirado, amado quizás; deteniéndose Federico en aquellas sospechas únicamente para atormentarla con sus quejas; porque empezaba á aborrecerla, y lo menos que le correspondía era una parte de sus sufrimientos.

Una tarde (hacia mediados de Febrero) la sorprendió muy conmovida. Eugenio se quejaba de la garganta. El doctor había dicho, sin embargo que aquello no era nada, un fuerte constipado, la *grippe*. Federico se admiró del trastorno del niño. Nó obstante tranquilizó á su madre, citando el ejemplo de muchos chiquillos de su edad que acababan de pasar semejantes afecciones, y se curaron muy pronto.

—¿De veras?

—Sí, seguramente.

—¡Oh, qué bueno es usted!

Y le cogió la mano; él la estrechó en la suya.

—Déjela usted.

—¿Qué importa si es al consolador á quien usted la ofrece?... Me cree usted en todas estas cosas, y duda usted de mí... cuando le hablo de mi amor.

—No dudo, pobre amigo mío.

—¿Por qué esa desconfianza, como si fuera yo un miserable, capaz de abusar?...

—¡Oh, no!...

—Si yo tuviera siquiera una prueba...

—¿Qué prueba?

—La que se concede al primero que llegase; la que á mí mismo me habeis concedido.

Y le recordó que una vez habían salido juntos, en un crepúsculo de invierno, en tiempo nublado. Todo aquello estaba ahora ya muy lejos. ¿Quién la impedía mostrarse de su brazo delante de todo el mundo, sin temor por su parte, sin segunda intención con la suya, no habiendo nadie á su alrededor para importunarlos?

—Sea,—dijo ella con una valentía que dejó estupefacto á Federico.

Pero repuso vivamente:

—¿Quiere usted que la espere en la esquina de la calle Trouchet y de la calle de la Ferme?

—Dios mío, amigo mío,—balbuceó la señora de Arnoux.

Sin darle tiempo para reflexionar, añadió él.

—El martes próximo, ¿eh?

—¿El martes?

—Sí; entre dos y tres.

—Allí estaré.

Y volvió su rostro, en un movimiento de bochorno. Federico puso los labios en su nuca.

—¡Oh, eso no está bien hecho!—dijo ella.—No haga usted que me arrepienta.

Separóse él temiendo la movilidad ordinaria de las mujeres. Después, en el dintel, murmuró suavemente, como cosa enteramente convenida:

—Hasta al martes.

Bajó ella los ojos de manera discreta y resignada.

Federico tenía un plan. Esperaba que, merced á la lluvia ó el sol, podría hacerla detenerse en un portal, y que una vez en el portal, entraría en la casa. Lo difícil era encontrar una conveniente.

Empezó sus investigaciones, y hacia el centro de la calle Trouchet, leyó de lejos una muestra que decía: *Habitaciones amuebladas.*

El mozo, comprendiendo su intención, le enseñó inmediatamente, en el entresuelo, una sala

y un gabinete con dos salidas. Federico lo tomó por un mes y pagó adelantado.

Después se fué á tres tiendas para comprar la más rara perfumería; adquirió un trozo de guipure de imitación para sustituir el hermoso cubre piés de algodón encarnado, y escogió un par de pantuflas de raso azul; solo el temor de parecer grosero le moderó en sus compras; volvió con ellas, y con mayor devoción que los que levantan altares, cambió los muebles de sitio, arregló él mismo las cortinas, puso leña en la chimenea, violetas sobre la cómoda, y hubiera deseado alfombrar de oro el cuarto. «Mañana es,» se decía, «sí, mañana, no sueño.» Y sentía palpar fuertemente su corazón, ante el delirio de su esperanza; luego, cuando todo estuvo pronto, se metió la llave en el bolsillo, como si la dicha, que allí vagaba, hubiera podido volarse.

Una carta de su madre le aguardaba en su casa.

«¿Por qué tan larga ausencia? Tu conducta empieza á parecer ridícula. Comprendo, que, en cierta medida, vaciláras al principio ante esta «unión; ¡sin embargo, reflexiva!»

Y precisaba las cosas; cuarenta y cinco mil libras de renta. Además, «se hablaba de esto,» y el Sr. Roque esperaba una respuesta definitiva.

En cuanto á la joven, su posición era verdaderamente difícil. Te ama mucho.

Federico arrojó la carta sin acabar de leerla y abrió otra de Deslauriers. «Mi antiguo amigo: La *pera* está madura. Según tu promesa, contamos contigo. Nos reunimos mañana al amanecer en la plaza del Panteón. Entra por el café Sonfrot. Es preciso que te hable antes de la manifestación.»

—¡Oh! conozco bien sus manifestaciones. Mil gracias, tengo una cita más agradable.

Y al día siguiente, desde las once, Federico salió. Quería dar la última ojeada á los preparativos; después ¿quién sabe? podría ella anticiparse por una circunstancia cualquiera. Al desembocar en la calle Trouchet, oyó detrás de la Magdalena un gran clamoreo, avanzó y vió al fondo de la plaza, á la izquierda, gentes de blusa y de la clase media.

Con efecto, por un manifesto publicado en los periódicos estaban convocados en aquel sitio todos los suscritores al banquete reformista. El ministerio, casi inmediatamente, había dictado un bando prohibiéndolo. La víspera por la noche la oposición parlamentaria había renunciado á verificarlo; pero los patriotas, que ignoraban aquella resolución de los jefes, habían acudido á la cita, seguidos de gran número de curiosos. Una diputación de las escuelas, había ido antes

á casa de Odillon Barrat. En aquel momento se hallaba en el ministerio de Negocios Extranjeros; y no se sabía si el banquete tendría lugar, si el Gobierno ejecutaría su amenaza, si se presentarían los guardias nacionales. Se aborrecía á los diputados como al Poder. La muchedumbre aumentaba más y más, cuando de repente vibró en los aires el canto de la *Marsellesa*.

Era la columna de los estudiantes que llegaba. Marchaban al paso, en dos filas, con irritado aspecto, desnudas las manos y gritando todos por intervalos.

—¡Viva la reforma! ¡abajo Guizot!

Los amigos de Federico seguramente estaban allí, iban á verle y á arrastrarle. Refugióse vivamente en la calle de la Arcada.

Cuando los estudiantes dieron dos vueltas por la Magdalena, bajaron hacia la plaza de la Concordia, que estaba llena de gente, y la muchedumbre amontonada; parecía, desde lejos, un campo oscilante de piedras negras.

En aquel momento soldados de línea se ordenaron en batalla, á la izquierda de la iglesia.

Los grupos, sin embargo, se detentan. Para acabar, agentes de policía de paisano prendían á los más levantiscos y los llevaban á la prevención, brutalmente. Federico, á pesar de su indignación, permaneció mudo, hubieran podido

prenderle como á los demás y habría faltado á la entrevista con la señora de Arnoux.

Poco tiempo después, aparecieron los cascos de los municipales, y golpeaban á su alrededor con el sable de plano. Un caballo se cayó; corrieron á auxiliarle, y en cuanto el caballero estuvo en la silla, todos huyeron.

Entonces se hizo un gran silencio. La fría lluvia que había mojado el asfalto, ya no caía. Se alejaban las nubes, blandamente heridas por el viento de Oeste.

Federico se puso á recorrer la calle Trouchet, mirando hacia delante y hacia atrás.

Las dos sonaron por fin.

—¡Ah! ahora es,—se dijo—sale de su casa, se acerca. Y un minuto después: «Ya tenía tiempo de haber venido.» Hasta las tres procuró calmarse. «No, aún no tarda; un poco de paciencia.»

Y para entretenerse examinaba las pocas tiendas que se veían: un librero, un sillero, un almacén de objetos de lujo. Pronto conoció los nombres de las obras, todos los arneses, todas las telas. Los comerciantes, en fuerza de verle pasar y repasar continuamente, se admiraron primero, después, asustados, cerraron sus escaparates.

Indudablemente había tenido un impedimento, y sufría por él también. ¡Pero qué ale-

gría en el acto! Porque iba á venir, eso era cierto. «Me lo ha prometido.» Sin embargo, una angustia intolerable le sebrecojía.

Por un movimiento absurdo, entró en el hotel, como si hubiera podido encontrarse allí. En aquel mismo instante llegaría quizás á la calle; y escapó hacia ella. ¿Nadie? y volvió á recorrer la acera.

Se fijaba en las hendiduras de las baldosas, en la boca de las canales, en los candelabros, en los números de encima de las puertas. Los más mínimos objetos se convertían en compañeros suyos, ó más bien en espectadores irónicos; y las fachadas regulares de las casas le parecían inexorables. Sentía frío en los pies; y como si se viera agoviado. La repercusión de sus pasos le golpeaba el cerebro.

Cuando vió que eran las cuatro en su reloj, experimentó un vértigo, un espanto. Intentó repetir versos, calcular cualquier cosa, inventar una historia. Imposible; la imagen de la señora de Arnoux le dominaba. Tenía ganas de correr á su encuentro, ¿Pero qué camino tomaría para no cruzarse?

Llamó á un mozo de esquina, le puso en la mano cinco pesetas y le encargó que fuera á la calle Paradis, en casa de Jacobo Arnoux, para averiguar del portero «si estaba la señora.» Después se plantó en la esquina de la calle de la

Ferme y calle Trouchet, de manera que los pudiese ver simultáneamente. Al fondo de la perspectiva, en el bulevar, se deslizaban confusas masas. A veces distinguía el penacho de un dragón, un sombrero de mujer, y alargaba sus pupilas para reconocerla. Un chiquillo desarrapado que enseñaba una marmota en una caja, le pidió limosna sonriendo.

El hombre del chaleco de terciopelo volvió. «El portero no la había visto salir.» ¿Quién la retenía? Si estuviera enferma, se lo hubieran dicho ¿Era una visita? Nada más fácil que no recibirla. So golpeó la frente.

—¡Ah, pero qué bestia soy! Es la agitación popular. Aquella explicación natural le consoló. Luego y de repente: «Pero su barrio está tranquilo.» Y una duda abominable le asaltó. ¿Si no viniera? ¿Si su promesa no fuera más que una palabra para alejarme? No, no. Lo que la sujetaba, sin duda, era una casualidad extraordinaria, uno de esos acontecimientos que destruyen todas las previsiones. En ese caso habría escrito. Y envió al mozo del hotel á su domicilio, calle Runsfort, para saber si había carta.

No habían llevado ninguna. Aquella carencia de noticias le tranquilizó.

Del número de piezas de moneda que cogía á la casualidad en la mano, de la fisonomía de los transeuntes, del color de los caballos, for-

maba presagios, y cuando el augurio era contrario, se esforzaba por no creer en él. En sus accesos de furor contra la señora de Arnoux, la injuriaba á media voz. Luego sentía debilidades, casi desvanecimientos, y de repente movimientos de esperanza. Iba á llegar; estaba allí, detrás de él, se volvía y nada. Una vez vió á treinta pasos próximamente una mujer de la misma estatura, con el mismo traje. Se reunió á ella; pero no era. Las cinco dieron, las cinco y media, las seis. Encendían el gas. La señora de Arnoux no había venido.

Había ella soñado la noche anterior, que estaba en la acera de la calle de Trouchet hacía mucho tiempo. Allí esperaba algo indeterminado, considerable sin embargo, y sin saber por qué, temía ser vista. Pero un maldito perrillo, encarnizado contra ella, mordía el bajo de su vestido, volviéndose contra ella obstinadamente y ladrando cada vez más fuerte. La señora de Arnoux se despertó. El ladrido del perro continuaba; alargó el oído; aquello salía del cuarto de su hijo, al cual se precipitó descalza. Era el niño mismo que tosía. Le abrasaban las manos, la cara roja y la voz singularmente ronca. La dificultad de su respiración aumentaba de minuto en minuto. Ella permaneció hasta el día, inclinada sobre la cama, observándole.

A las ocho, el tambor de la guardia nacional vino á avisar al Sr. Arnoux que lo aguardaban sus camaradas. Vistióse precipitadamente y se marchó, prometiendo pasar inmediatamente por casa de un médico, el Sr. Colot. A las diez no había venido el Sr. Colot, y la señora de Arnoux envió á su doncella. El doctor estaba de viaje, en el campo, y el joven que le reemplazaba andaba visitando.

Eugenio tenía su cabeza de medio lado, sobre la almohada, frunciendo continuamente sus cejas, dilatando sus narices; su pobre figurita se volvía más descolorida que sus sábanas; y de su laringe se escapaba un silbido producido por cada inspiración, cada vez más corta, seca y como metálica. Su tos se parecía al ruido de esas bárbaras mecánicas que hacen ladrar á los perros de cartón.

La señora de Arnoux se sobrecogió de espanto; se arrojó á las campanillas, pidiendo socorro, y gritando:

—Un médico, un médico.

Diez minutos después, llegó un señor viejo de corbata blanca y patillas grises, bien cortadas. Hizo muchas preguntas acerca de las costumbres, la edad y el temperamento del enfermito; luego examinó su garganta, aplicó la cabeza á la espalda y escribió una receta. El aire tranquilo de aquel buen hombre era odioso.

Olía á bálsamo. Ella hubiera querido pegarle. Dijo que volvería al oscurecer.

Muy pronto comenzaron de nuevo las toses violentas; á veces el niño se levantaba de repente. Sacudíanle movimientos convulsivos los músculos del pecho, y en sus aspiraciones, su vientre se ahuecaba como si estuviera sofocado por haber corrido. Luego volvía á caer con la cabeza hacia atrás y la boca enteramente abierta. Con infinitas precauciones, procuraba la señora de Arnoux hacerle tragar el contenido de los frascos, el jarabe de ipecacuana, una pocción kermatizada; pero el niño rechazaba la cuchara; gimiendo con débil voz, parecía que soplaba sus palabras.

De cuándo en cuándo, releía ella la receta; la asustaban las observaciones del formulario; quizás se haya equivocado el farmacéutico. La desesperaba su impotencia. El discípulo del señor Colot llegó.

Era un joven de modestos ademanes, nuevo en el oficio y que no ocultó su impresión. Al principio permaneció indeciso, por temor de comprometerse y al fin prescribió la aplicación de trozos de hielo. Se tardó mucho tiempo en encontrarlo y la vejiga que contenía los pedazos se rompió. Fué preciso mudar la camisa. Todo aquel desarreglo provocó un nuevo acceso más terrible.